

Las misceláneas de una Reina caída.

dorian fadir prado

Image not found.

Capítulo 1

Una tormentosa vida en desesperados momentos.

Primera parte.

La respiración acelerada, el dolor en todos los huesos por haber recibido una salvaje paliza, el pestilente y edulcorante olor de su propia sangre seca, la enorme frustración de no conocer nada de cuanto pasaba a su alrededor, o de no poder exteriorizar sonido alguno, amén de las profusas mordazas que lo contenían, aquella sensación de total indefensión que sentía por primera vez en tantos años y que juró nunca más sentir, la autoritaria voz de su captor que cada vez parecía tornarse más cruel, los solapados movimientos de un segundo victimario que parecía una espectral sombra lista para asestar el golpe de gracia. Todo pasaba a un segundo plano ante la realización de tener en frente, acompañando su terrible realidad, a un inocente infante de diez años que inspiraba todo su amor y a quien había jurado proteger con cada fibra de su ser.

Deseaba gritar, librarse de sus ajustadas mordazas, despedazar a sus desalmados captores, como la había hecho con tantos otros, y salvar a aquel amado chiquillo como tantas veces lo había hecho antes, cubrirlo bajo su manto protector y bañarlo con todo el amor que solo aquel conocía. Pero no, la realidad, cruel y siniestra, era que todo lo que podía hacer era escuchar a su temible captor enunciar a viva voz las peores injurias y proferir terribles amenazas. Hoy Reina, la gran Reina del Placer, aquella que inspiraba temor y respeto a cada paso, que se había forjado a pulso una implacable reputación y que había logrado eliminar a casi todos los que se atrevieron a enfrentársele, hoy era solo una víctima más de un cruento psicópata, una pequeña parte de un complicado ardid donde ni siquiera era la protagonista principal. - "Maldita sea ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo me pasó esto?" - Pensaba inerte, inoperante, indolente, indefenso.

Ahora, con la muerte en ciernes, la propia y la de su adorado querubín, aquella parca que no solo había eludido tantas veces sino que logró convertir en su mejor secuaz, y esperando la ayuda de un impensado

amigo a quien adversó en numerosas oportunidades, ahora en esa situación tan apremiante lo único que pudo hacer, sin realmente desearlo, fue contemplar el paso de su salvaje y violenta existencia. Con cada segundo, cada improperio que era lanzado hacia ella, cada agresión de la que era víctima, en la mente de la gran Reina se transmutaba en una era completa. Casi por inercia, las imágenes empezaron a aparecer en su mente; los recuerdos de otra vida, de otro ser, de otra Reina que no era tal, le invadían inspirados por un espectro macabro que evitaba que se concentrara en su realidad.

De esa forma se transportó a otro tiempo, muy pretérito, muy lejano, cuando no era mucho mayor que su adorado Jonathan, cuando no era conocida como la gran Reina sino como el pusilánime y ya andrógino Reinaldo, cuando su piel era de un claro lechoso y no había sido curtida por el sol y el salvajismo de su vida, cuando su rostro aún no presentaba los avatares de la violencia que tanto caracterizaron su existencia, cuando un alto y ultra delgado pre adolescente recién aceptaba su homosexualidad contraviniendo los designios de su conservadora familia y por ende ganándose su desprecio absoluto. Pero ahora, en ese segundo, la inercia de sus recuerdos no le llevó a rememorar a su oprobio padre, su estirada madre, su cruel hermano mayor o a su superflua y también mayor hermana. No, su mente se fue al momento en que un tal Tomás, a quien por mucho tiempo consideró su único amigo en un mundo hostil y xenófobo, se unió al grupo de imberbes bárbaros, de esos que son tan comunes en cualquier colegio, de esos que se creen con el derecho y hasta el deber de doblegar a todos aquellos a quienes consideran diferente, en un abominable tropel de la violencia más reprochable e inexplicable propinándole una brutal paliza al inocente y endeble Reinaldo; golpes, arañazos, patadas, escupitajos y vejaciones humillantes se sucedieron en una vorágine que pareció eterna. Como una manada de hambrientas hienas atacando a su pueril presa, el salvaje grupete de pseudo justicieros aplastó al pobre muchacho dejándole maltrecho y adolorido, pero lo que más afectó al joven Reinaldo no fueron los golpes, ni las patadas, ni las humillaciones o burlas; no, lo que más apabulló a la futura Reina fue la risa solapada con la que se alejó aquel a quien pensó como su único amigo, aquel quien era como un oasis en un atroz desierto, aquel quien pudo ser su primer amor y terminó siendo su primera gran decepción.

Ahora Reina, que casi podía saborear la sangre etérea de aquel pre adolescente que una vez fue y que se mezclaba con la seca que hoy lo embadurnaba, rememoraba esa sensación que le embargó aquel lejano día, casi con una prepotente gratitud le agradecía a aquel traicionero Tomás de quien ya no recordaba el apellido, porque aquel día mientras se alejaba de él con su sonrisa culposa y vergonzosa Reinaldo se dijo a sí mismo; - "¡NUNCA MÁS!" - Aquel lejano día murió el Reinaldo débil y sometido renaciendo en su lugar, cual ave fénix, uno nuevo, iracundo, salvaje y brutal. Aquel día, ante las vejaciones y carcajadas de sus

brutales verdugos, la traición del tal amigo Reinaldo entendió que su suerte solo estaba en sus manos y que solo él era capaz de cambiarla; ese día nació quien a la postre sería conocida como "la Doña", "la Dueña", "La gran Reina". Así que ahora, en su apremiante realidad e incapaz de exteriorizar sonrisa alguna, pensaba: - "Gracias Tomás, gran hijo de puta, gracias a las basuras como tú llegué a ser quien soy. Gracias.

Ahora, con el envión del recuerdo de ese episodio que en realidad solo duró un par de segundos, la gran Reina intentó deshacer sus ajustados amarres; con todas sus fuerzas forcejeó por un par de segundos antes de recibir la brutal atención de su cruento captor. Más sangre derramada, más amenazas, más desesperados sonidos de torturas emanadas de su pequeño tesoro. - "Gran hijo de puta... Cuando me suelte te haré tragar tu propia mierda." - Pensó antes de desfallecer producto de otro violento golpe proveniente de su captor. El tiempo es cíclico y hoy la gran Reina ha vuelto a ser el pequeño Reinaldo.

Capítulo 2

La batalla de su vida

El vacío de la nada en una mente indolente, el sopor de una inconsciencia que alternaba imágenes de salvajes triunfos con la hórrida masacre que precipitó su abrupta caída; y entre ellas las lejanas y apenas audibles carcajadas de un cruel individuo cuyas resoluciones, aún en su letargo, le eran totalmente esquivas. Un segundo, otro, otro más; en la realidad el tiempo era tan banal y corriente como se pudiera esperar pero en el purgatorio de su psique cada ínfimo instante era una vida entera, el ir y venir de seres insignificantes que solo representaron meros escalones para su apoteósica ascensión, batalla tras batalla para conseguir ser quien al final fue; Reina, la gran Reina y al final, la soberana desbancada de su trono de sangre.

Pero entre la interminable caterva de recuerdos la cara de otro individuo empezó a repetirse con la insistencia de un rencor que languidecía en su subconsciente, enterrado, apaciguado pero nunca olvidado. Aquellos ojos café oscuros llenos de decepción y cuestionamientos, esa cara ancha que parecía regodearse en satisfacción con cada caída de su andrógino retoño, el amplio abdomen que retumbaba con las carcajadas cuando advertía a un pequeño infante sufrir las mayores angustias. Ahora, tras un par de segundos y miles de imágenes, la gran Reina se retrotraía a su mínima expresión, cuando su nombre era más largo pero su persona era la viva expresión del apabullamiento; un segundo y su mente se fue al momento en que aquel despreciable individuo, que mal se proclamó a sí mismo con un título que le quedaba grande, cuestionó con álgido desprecio y profanos epítetos el hecho de que su hijo menor no tuviera el talante de un varón digno de su aristócrata apellido. Otro segundo y ese pequeño infante, con la inercia de su propio ser, dejaba ver sus primeros manierismos amanerados y aquella oprobiosa figura paternal le exteriorizaba a viva voz toda su vergüenza. Una risotada que bramó en la lejanía y que de pronto se amalgamó a la perfección con la de aquel presunto padre cuando, frustrado por las delicadas maneras de su aún muy infante hijo menor, le propinó una brutal paliza a este y atestiguando su inoperancia y desamparo tan solo apilaba risa sobre risa mientras recogía su grueso cinturón de cuero. Un camino de piedras y de pronto se halló pusilánime, ínfimo, avasallado por la violencia de aquellos que se pensaron con el derecho de solapar todo su ser y al tope de la calzada, de todos, la imponente y emperifollada figura obesa de su padre, el avergonzado, el

asqueado, el salvaje, casi empachado pero satisfecho por la imagen derruida de su andrógino terruño ultrajado a sus pies.

- "Eso te pasa por MARICA ¡MARICÓN!" - Retumbaba en su subconsciente, tan claro que casi era palpable en sus sentidos, tan vívido que, envuelto aún en su modorra, casi podía ver la desagradable figura de aquel obeso hombre que alguna vez llamó "papá", elegante, orgulloso, prepotente, abrazando a aquellos dos captosres con una gran sonrisa de satisfacción dibujada en su brillante rostro, desdeñando con total desprecio a aquel muchacho de diez años para con quien solo se había propuesto mostrarle el lado más amable de un sórdido mundo; - "¿Qué esperabas maricón? A este lo enseñaste a ser tan mariquita como tú."

Con la imagen de aquel despreciable rostro burlándose a todo pulmón Reinaldo se extinguía y Reina renacía; aún en tinieblas y amordazada pero con la efervescencia de toda la cólera por la que era tan conocida y temida: - "Todos cayeron ante mí... Por mí, incluyéndote a ti ¡GORDO DE MIERDA!" - se dijo en sus adentros antes de recordar, porque de hecho lo había olvidado, que a pesar de todo su estrafalario maquillaje y escandalosos atuendos en el fondo seguía siendo una imponente persona de 1.85 de estatura y casi 90 kilos con una fuerza descomunal.

De forma solapada pero firme, empezó la gran Reina a luchar con todas sus fuerzas para aflojar lentamente los amarres que aprisionaban sus muñecas, sin poder verlas o entender si quiera a que la sujetaba, con la única comprensión de que sus brazos estaban estirados al límite, cada uno a su respectivo lado, tomando así la fatal posición de otros tantos antes que ella y con la única optimista realización de que aún estaba a tiempo de intentar una graciosa huida ya que el gran protagonista de la jornada aún estaba lejos de arribar. Un ahogado quejido que vino justo de enfrente suyo y las palabras de aquel desalmado que enfocaba todo su sadismo en el desdichado infante: - "Oh pequeño Jonathan ¿quién será que muere hoy? ¿Tú o la fabulosa Reina? ¿Quién será el escogido? Me muero por saberlo"

Reina luchaba con la desesperación a sabiendas de que ya podía sentir la tensión en sus muñecas ceder levemente. - "Tranquilo mi Jonny, que tu madrina ya les va a mostrar a este par de perros lo que es lo bueno, tranquilo..." - La batalla estaba en curso y no contra los degenerados captosres sino con sus propias ansias. Sin saberlo Reina luchaba ahora la batalla de su vida.

Capítulo 3

El arrebató de una vida inclemente

Los segundos continuaban su paso inexorable; quedos, fríos, casi incólumes y sin embargo, en su ínfimo camino, un universo perverso parecía explayarse a sus anchas. Por un lado el degenerado quien parecía llevar la batuta de la situación, llevado por un sonido o una sombra, dábase cuenta que en aquel fatídico escenario no estaban tan solos como lo pensaba, viéndose acompañado por lo que describió como "las víctimas perfectas para mantener el calor", y llevado por su furor demencial enfocó su atención en aquellos nuevos inocentes dignos de su ignominia. Por su parte el otro gélido verdugo, quien apenas se permitía algunos escuetos monosílabos, tan solo expresaba con su profunda voz y un cierto dejo de superioridad, un par de palabras burlonas ante la nueva prueba de malignidad de su compañero; - "mal día para la inocencia."

En la penumbra más absoluta de su cautiverio Reina, la gran Reina, celebró que aquel sádico, a quien sentía alejarse, se distrajera aunque sea por un momento de ella y de su adorado pequeño; por un siguiente segundo sintió un gélido escalofrió subiendo por su espina al imaginar quien tendría la fatalidad de recibir la atención de un corrupto personaje como aquel que ya parecía haberse alejado unos cuantos metros de ella. Noble sentimiento que pasó en el siguiente segundo: - "Triste... Mejor ellos que nosotros..." Se dijo por sus adentros mientras seguía luchando solapadamente con los amarres de sus muñecas.

El tiempo continuaba y Reina empezaba a sentir que la desesperación le inundaba su amplio pecho. Su ladino forcejeo no solo no terminaba de dar dividendos sino que incluso empezó a sentir que sus ligaduras ahora le apretaban más que antes. Otro segundo y la afamada criminal percibió la amenazante figura del segundo captor justo en frente ella. No lo veía y apenas lo escuchaba pero podía sentir la penetrante mirada del desconcertante sujeto sobre ella.

Un profundo suspiro, el sudor corriendo por su curtida piel, la quietud forzada para evitar la sospecha de quien le inspiraba un extraño e instintivo temor. Sumida en la desesperada quietud su mente, por inercia, divagó de nuevo llevándola a tiempos recónditos y que pensaba por mucho enterrados; aquella aprensión tácita e insoslayable inspirada por el rebuscado poder de derrumbar un mundo sobre sus hombros sin la

necesidad de pronunciar palabra alguna, el talento de que con un suspiro desatar un sin fin de cuestionamientos, la emotividad transformada en desprecio. Unos hermosos ojos miel que solo contenía la hiel más corrompida imaginable, un rostro limpio y bien cuidado que pareció nunca sonreír por el temor a las arrugas, los lánguidos pechos cuyo mayor orgullo fue el de nunca haber servido para amamantar a sus terruños, un par de brazos finos y delicados que sin embargo para el desdichado Reinaldo se sintieron duros como el concreto, sus ropajes siempre finos y elegantes que ocultaban a un ser que solo entendía al mundo desde su lustrosa y exclusiva torre de Babel, pero sobre todo, en ese segundo eterno lo que Reina más percibió fue el olor rancio y amargo del licor seco, el único verdadero amante y amigo de quien alguna vez conoció como su madre y quien significó su primer gran rechazo, tácita y literalmente; solo segundos después del alumbramiento de un tal Reinaldo, ínfimos e interminables a la vez, solo segundos bastaron para que aquel vástago, inundado en el llanto descubridor del nuevo mundo, sintiera la hiel de quien debió ser su mayor protectora y que sin embargo se convirtió en su peor contendora.

Ahí estaba la efigie, justo enfrente, gélida, parca, soberbia, tan cerca que casi pudo oler nuevamente el hedor de whisky adusto en sus fastuosas indumentarias, con sus prepotentes ojos sumidos en el desprecio, clavados, inertes; sin decir ni una palabra a sabiendas de que con solo su despreciable esencia era suficiente para infundir ese temor instintivo en quien hasta un día atrás fue hacedora de calamidades. - "tu deberías estar aquí, perra...TU." Se decía Reina obligándose a regresar de su propio pasado que continuaba atormentándole, tanto que sin importar toda la cólera que ahora le inundaba ahí continuaba su pasado viéndole, con esos ojos aprensivos y gélidos, sin moverse, como una estatua siniestra, inerte, a la expectativa; - "¿Qué esperas? ¡Has algo maldita perra!" - Le exigía en su mente como tantas veces quiso hacerlo pero nunca se atrevió.

Por fin la imagen átona se dignó a responderle, susurrante pero prístina, con la sobriedad que siempre le caracterizó pero ahora con una extraña profundidad en la voz. - "No importa cuánto luches... Tu vida ya no es tuya, ya no te pertenece... Ahora es del universo." - un segundo, y otro más; aquel espécimen se alejaba lentamente mientras Reina entendía todo en su desesperante magnitud, sin entender realmente nada aún: los amarres en sus muñecas no estaban más flojos, su mayor derrota fue nunca haber puesto a su madre en donde debía y ahora nada dependía de aquel sádico sino de éste, la viva imagen de su madre.

Un segundo, otro segundo; el tiempo es tan eterno como el padecimiento que lo engrandece y Reina solo empezaba a padecerlo.

Capítulo 4

Rojo Reina

La noción espectral del segundo captor seguía ante ella, impositivo y autoritario, sin articular palabra alguna y apenas dejándose sentir por su serena respiración; mientras el otro, sumergido en su frenesí demencial, continuaba hurgando en lo recóndito en busca de nuevas víctimas que refrendaran toda su perversidad. Por su parte la una vez temida criminal, obligada por la depresiva calma que le dejaba la frustración de saberse expropiada de su propia capacidad, empezaba a sentir los embates de los abusos a los ya había sido sometida: Los tobillos, unidos con su represiva atadura, se tallaban mutuamente; las piernas empezaban a arderle producto de la fatiga; las entrañas querían revolverse en sí mismas por la ira de la inminente derrota aún menospreciada; sus costillas adolecían con cada movimiento del esternón; descansar su gran peso era una labor impositiva dado que esta acción, a la larga, parecía dificultarle el reflejo de respirar; su rostro y su cabeza toda, embadurnados de sudor y sangre, se sentían deformados y a punto de estallar.

El tiempo proseguía pero para Reina continuaba contenido, suspendido por el purgatorio de sus emociones y afecciones. Su dolor, su temor, su ira, su suplicio, todo era eterno para un ser que hasta hace nada era ama de todo su mundo y más. Ahí, en la absoluta obscuridad de su situación, estudiaba su exigua posición, contemplando sus opciones, inventándolas también. Su mente la llevaba a fantasear en que haría "cuando" se liberara; a lo mejor desarmaría al primer desalmado frente a ella, tenía la fuerza suficiente para romperle el cuello de un tirón, no sería fácil pero ya lo había hecho antes y sin duda podría hacerlo de nuevo. Después podría tomar una de sus armas y lo demás sería un simple paseo. No desataría a su amado Jonathan de inmediato. No, primero sometería al rebuscado psicópata a quien le debía su actual predicamento, le cobraría todas las vidas que ya había tomado cruelmente, incluyendo aquella cuyo fin unió varios destinos ya muchos días atrás. Por unos efímeros pero perennes segundos se deleitó Reina en la devastada imagen de aquel brutal demente padeciendo la pérvida cólera de "La Doña" como tantos otros la sufrieron antes. Lamentablemente a ese final le faltaba un camino que se le hacía completamente esquivo, ocluido por la bruma de su propia ignorancia; - "¡MIERDA! Es que no se ni dónde carajos estoy."

Un trueno en la lejanía y la derrumbada Reina espabiló. - "¡NO! No tengo tiempo para esta vaina." - Se dijo con autoridad cuando su mente quiso revolotear a tiempos lejanos nuevamente. Sin embargo la penumbra absoluta que le envolvía llevó a su imaginación a divagar, a volar, a revolverse en un pasado que era tan eterno como su propia desgracia. Su despreciable padre, su intimidatoria madre, su ímproba familia toda, en un santiamén los vio nuevamente a todos en su infamia; a todos, de una u otra forma, terminó por derrotar. Por la inercia de su momento los recuerdos se ubicaron en un instante que bien podría llamarse trascendental en la vida de la futura Reina del "Placer"; la hora cuando el imberbe Reinaldo comprendió la magnitud de su propia voluntad, el alcance de su fuerza y el placer de una merecida revancha. Debajo de sus ajustadas ataduras Reina intentó sonreír instintivamente cuando vio a aquel enjuto Reinaldo caminando por un largo vestidor con una gruesa y larga cadena en su mano izquierda, ladino y en extremo silencioso, tomándose todo el tiempo que la situación le ameritase. Al final de aquel pasillo cuatro disolutos adolescentes deleitados por sus propias crueldades, entre ellos un tal Tomás, absortos, ensimismados en su desnivelados triunfos. Un segundo, un azote de la gruesa cadena que de inofacto partió una costilla; otro segundo, otro azote que rompió una cabeza; segundo, segundo, segundo; azote, azote, azote. La sangre de sus justas víctimas tiñó de rojo el blanquecino suelo de aquel lugar, el crujido de los huesos rotos se entremezcló con el llanto de los cobardes que veían a la retribución a la cara, y al final de todo un aterrorizado Tomás, suplicante, rastrero, embadurnado en sangre ajena.

Otro trueno y Reina volvió en sí recorriendo un camino de más de 30 años. - "¡COÑO, COÑO! No tengo tiempo para esta mierda, mi Jonny depende de mí..." Se dijo nuevamente Reina, colérica y frustrada, sin entender, porque aún no lo entendía, que tiempo era lo único que le quedaba, tiempo y una tenue esperanza de ser salvada por un héroe inesperado, un amigo impensado, aquel a quien contendió por tanto tiempo y que ahora, sin ella realmente aceptarlo, se había transmutado su única opción.

Otro trueno, otro segundo, y la imagen de un tal Tomás regresaba por sus fueros, ahora sometido, destruido, marcado de por vida, física y mentalmente, y un flaco adolescente blandiendo una cadena inerte manchada de un oscuro rojo carmesí, rojo venganza... Rojo Reina.

Un segundo, otro segundo, otro trueno en la lejanía; el agua hizo su triunfal acto de presencia en una fiesta al que aún le faltaba el invitado principal.

Capítulo 5

Bienvenida a Nueva Esperanza

El tormento continuó su siniestra rutina. En su absoluta oscuridad los sentidos de Reina intentaban intensificarse con la fatua esperanza de armar una imagen coherente en su cerebro, mientras este seguía con la inevitable remembranza de tiempos pretéritos; unos siseos desesperados en la lejanía, un alboroto casi inexplicable, el sonido de unos trastes precipitándose hacia el suelo, un triunfal grito del desalmado psicópata: - "¡AJA! Están listos cabrones." - el inconfundible sonido de la piel desgarrándose, un maullido agonizante, otro más tenue lleno de vida y terror, otro casi igual, nuevos zarpazos en cuerpos desconocidos, las burdas carcajadas de la maldad. Reina imaginaba en su mente, con el más absoluto desprecio, a aquel sátrapa derrapando toda su locura contra todo lo que respirara e inspirara algún tipo de empatía. Más rayos y truenos que amalgamaban perfectamente con las burlas de aquel que se hundía en su pérfido frenesí, y en aquel imaginario escenario la figura del padre de un tal Reinaldo triunfante, orgulloso al ver que después de tanto tiempo la inocencia aún podía ser ultrajada vilmente.

Los segundos se hacían minutos y estos a su vez se revolvían a segundos nuevamente. En su oscuridad el tiempo se le desvirtuaba, se estiraba y se reducía a la vez. En su desespero perpetuo el sollozo ahogado de su amado infante era como un ponzoñoso puñal que se le clavaba en el corazón. Reina deseaba, como nunca pensó hacerlo, abrazarlo entre sus maternales brazos, protegerlo como siempre lo hizo, alejarlo de todo aquello que pinta al mundo de un turbio gris humano y llevarlo al universo utópico que para él había logrado procurar; ella se agitaba salvaje, desesperada, golpeando su cabeza con un desconocido objeto tras de esta, maltratando su cuello con lo que se sentía como el borde de un estante, desgarrando sus extremidades y exigiendo aún más su ya maltrecho cuerpo a sabiendas de que su adorado Jonathan hallábase a unos pocos pasos de ella, tan cerca que casi podía oler su pavor pero tan lejos que podía sentir un océano entre ellos. Y metido en ese exiguo espacio la intimidante figura de ese gélido asesino, orgulloso, pedante, autoritario, como cierta madre que trepidaba nuevamente en el imaginario de "la Reina"; aquella mal llamada mamá, tan elegante como Reina la recordaba, inmutable, incólume, casi satisfecha con el sufrimiento ajeno, como quien extrapola sus más pérfidas frustraciones en los débiles y

vulnerables.

Los minutos se hacían horas ¿pero lo hacían en verdad o las horas eran solo segundos que se hacían eternos? - "Es hora de empezar a montar la escena..." - escuchó decir al pérfido demente en un momento, aún jadeante y extasiado por la nueva muestra de su ignominia. De pronto un tremendo alboroto se precipitó por todos los alrededores del par indefensos rehenes; desde muy lejos podía Reina escuchar pesados artilugios cayendo al suelo y estanterías venirse abajo en su propio peso. Todo en su conjunto le configuró en la mente el lugar donde se hallaban, confirmando un temido presentimiento que Reina tenía sobre destino de su captura. - "Terminar donde empecé... Es casi justo." - se dijo para sus adentros justo antes de que su traicionera mente empezara a visualizar aquella terrible jornada de traiciones y sangre que convirtieron a Reina en la "Gran Reina" - ¡No! Cabrona no tienes tiempo para esta pendejada... - se dijo nuevamente antes de volver agitarse nuevamente con absoluta desesperación, tanto que casi pudo sentir que el marco de lo que fuera que la enclaustraba empezaba a desnivelarse. Un grito ahogado por su mordaza y la inconciencia nuevamente debido a un otro violento golpe proveniente de las tinieblas.

Un sueño, un segundo, otro sueño y otro segundo. Reinaldo pasó de contender a su padre a huir de su madre, de exponer a la promiscua de su hermana a humillar a su ladino hermano, y ahora, en la modorra de "la Doña", Reinaldo encontrábase ya casi adulto, libre, solo, callejero, con la autoritaria confianza de saberse dueño de su propio ser y con la dicha de ignorar lo errado de esa noción. La selva de cemento es una amante salvaje, adictiva, pernicioso pero sobre todo, cruel como ninguna y Reinaldo lo descubrió más temprano que tarde.

Y ahí, en su etéreo sopor, Reina devino nuevamente en Reinaldo, el débil, el vulnerable, el inocente, ese guapo muchacho andrógino, flaco y alto como una vara, con un cutis crema cuasi radiante e inmaculado, delicado, imberbe, nuevamente en el suelo, aplastado por la realidad, apabullado por la desilusión de su esperanza, ultrajado por quien en un momento confió ingenuamente que podía ayudarlo en ese utópico e irreal edén, entrenarlo en ese universo emocionante y desconocido; pero la calle no conoce el término nobleza, o desinterés, o altruismo; solo la alevosa hambruna por sensaciones y emociones. En la calle solo hay predadores, con disímiles aptitudes y estratagemas, pero predadores en fin. Y Reinaldo. en albores de su emerger, conoció el predador solapado que se esconde en ojos afectivos y que en el primer descuido agarra a su confiada presa por el cuello violentándola salvajemente, ultrajándola hasta lo indecible, devorando todo su ser, derrapando toda su lascivia y depravación, revolviéndole a sus peores desgracias y multiplicándolas.

- Marica, bienvenida a "Nueva Esperanza", te la presento por si no la conocías. - se despidió aquel canalla dejando al vejado Reinaldo entre

lágrimas y sangre en un rincón olvidado en algún cuartucho sin tiempo ni lugar, con la afectación de haber descubierto un nuevo nivel de maldad de no creyó existiera. Este no era su violento y ultraconservador padre, o su estirada e intimidante madre, o su superflua hermana, o su insignificante hermano, o tan siquiera aquellos salvajes sátrapas que se pensaron con derecho a condenarlo sin delito, o Tomás y su pírrica traición. No, esto era otra cosa, otro nivel; un nuevo siniestro capítulo se habría en una vida cuyo destino era la grandeza en la violencia, el dominio con la brutalidad: la Reina, la Gran Reina... Bienvenida a Nueva Esperanza.

Capítulo 6

La magia de la primera vez

Mientras el alboroto continuaba a su alrededor la inconciencia aún abrazaba a Reina con su abrumador letargo. Estantes se derrumbaban precipitando violentamente su pesado contenido y a lo lejos los rayos y truenos anunciaban que la profusa tormenta seguía para largo, sin embargo Reina, la victimaria devenida en víctima, continuaba envuelta en los recovecos de su propia mente, adentrándose por tortuosos caminos, rememorando en un siniestro colaje todo aquello que la transformaron en quien era. En su decadente recorrido las espinas de sus propias experiencias volvían a abrir heridas arto olvidadas. Todas las primeras veces se sucedieron en tropel en un pérfido sueño que se asemejaba al castigo eterno que por momentos temió recibir una vez concluida su existencia; la primera violación, el primer ayuno forzado, la primera olfateada de aquella prostituta blanquecina que tanta ayuda le proveería después, la primera "bomba" de heroína, la primera vez que robó, la primera vez que se prostituyó; cientos de amargas primeras experiencias que se despeñaron en su mente en un tropel calamitoso. Todas y cada una la denigraron cada vez más, de la misma forma como de todas y cada una aprendió algo.

En ese ir y venir de experiencias ignominiosas y marginadas Reinaldo, aquel adolescente cuyo destino fue decidido en un arranque de ira, se vio a sí mismo cansado de los abusos y penurias que nuevamente sufría; las humillaciones por su andrógina condición, el ardor en su estómago, el sopor de sus propias adicciones, el adusto maltrato de aquella amante que solo aplasta a los yacen y hacen vida en ella. Pero sobre todo, aquel delgado y alargado adolescente se veía a si mismo hastiado del sabor amargo de quedaba en su aliento tras cada felación, o la sensación inmunda con la que quedaba su ser después del vil y cuasi obligatorio acto, y más aún, la humillación de saberse a sí mismo de nuevo bajo un yugo impositivo y asqueroso. - "¡Nunca más!" - recordó que se dijo en un momento, en alguna epifanía olvidada que volvió por sus fueros una noche húmeda, arrinconado en un mugriento y pestilente estacionamiento donde las luces apenas si atinan a parpadear, mientras veía alejarse a un decadente anciano de traje cuyas ofrendas apenas servían para calmarle una crisis adictiva o un insoportable ardor. Hay, un vulnerable muchacho, echado cual costal de basura, con el desprecio de su propia conciencia, no contando tan siquiera los quince años vida y habiendo ya padecido lo no

padecen otros tantos en muchas existencias, en ese instante puso otro punto y aparte en su existencia.

Como si su recorrido fuera por un pantano sinuoso que le dejaba ver momentos aislados que se unían por una cadena de pensamientos apenas congruentes, Reina/Reinaldo hallábase de pronto en el umbral de un callejón tan marginal que casi era inexistente; un camino angosto y desigual, malamente pavimentado, apenas iluminado, tan pestilente que el olor de años de orines casi traspasaban la inconciencia. Húmedo y mohoso, tanto que con cada paso el adolescente sentía sus derruidos zapatos pegarse del asqueroso pavimento; al fondo el estridente sonido de canciones ordinarias y gritos vulgares de los ebrios corruptos que pululan en la selva de cemento y que abundaban en aquella madrugada citadina enmarcaban las funestas intenciones del inhumanizado adolescente.

En ese marco tan hostil como vulgar, dos viejos ebrios hallábanse al final del asqueroso callejón departiendo sobre victorias imaginarias y experiencias ignominiosas, embutidos en su propia hediondez de alcohol y secreciones corporales. Los conocía bien el muchacho puesto que uno disfrutaba de aquellas sesiones clandestinas en estacionamientos marginales y el otro era un violento xenófobo cuyo mayor logro era el de no matar a su esposa con cada paliza que le propinaba.

Cada paso era muy bien disimulado por el escándalo en la lejanía y su delgada figura probablemente era ignorada por lo ensimismados que se encontraban el par de vejetes. - "¿me atreveré? ¿Será que lo hago?" - se preguntó Reinaldo estando a unos diez metros; su pulso era tan acelerado que incluso le movía la mugrienta franela, los nervios casi le hacen caer el oxidado destornillador que llevaba en su sudada mano izquierda. Lo necesitaba, el adolescente sabía que el par de viejos recién habían cobrado un dinero y esa noche en particular estaban ambos bien buchones, pero no era eso realmente lo que lo motivaba en aquella madrugada; lo necesitaba sí, pero no era esa la razón de su nervioso acecho.

Un segundo para buscar compostura y aliento, momento que aprovechó para darle un último "toque" al ínfimo remanente de cocaína que le quedaba en aras de buscar un envión para sus intenciones. - "¡A LA MIERDA! De que me los jodo me los jodo." - Resonó en sus adentros casi simultáneamente que se les abalanzó al par de decadentes sujetos. Aquellos dos, hundidos en sus propias modorras, ni siquiera supieron que les pasaba; en un frenesí sanguinario Reinaldo hundió el oxidado artilugio en el cuello del primero que tuvo a la mano, el violento padre de familia que recogió todo cuanto sembró. Casi con el mismo movimiento el adolescente le estocó una segunda puñalada justo al lado de la primera, pero esta era tan violenta que el mango de destornillador llegó a penetrar

en la piel.

El segundo decrépito reaccionó intentando dominar al acelerado joven quien ya se había transmutado en una bestia salvaje; lo agarró por detrás abrazándolo con todas sus fuerzas, esfuerzo fútil ya que en un fugaz movimiento Reinaldo enterró el enturbiado destornillador directo en la cuenca del ojo derecho, con tanta violencia que si hubiera podido todo su ser se hubiera adentrado por esa herida.

Dos cuerpos pesados y hediondos yacían inertes en el mugriento pavimento, cuasi lavando con su sangre toda la corrupción que ese rincón olvidado por Dios debió haber visto hasta ese momento, y a los pies de ambos un jadeante flacucho, alto como una vara, derruido por la decadencia de la calle, totalmente fuera de sus cabales, sollozando por emociones casi inexplicables. Sus ojos desorbitados, su rostro desencajado y estirado. Solo diez segundos le tomó al joven Reinaldo tomar sus primeras vidas, pero ese efímero instante se hizo eterno en la memoria de Reina. Diez segundos en que murieron tres seres y legaron uno nuevo, uno empoderado nuevamente con su propia vida y que había descubierto una nueva adicción; el poder magnánimo de quitar una vida. Entre jadeos acelerados el adolescente se alejaba casi olvidándose del fajo de billetes que el par de viejos cargaban aún encima; se devolvió rápidamente para esculcar a sus víctimas y en ese momento los observó por última vez, una ínfima y sentida lágrima bajó por el surco que los sollozos anteriores recorrieron. Un segundo de silencio, luto escueto por el joven que murió también esa madrugada. Las primeras muertes de una cuenta casi interminable. La magia de la primera vez que siempre se recuerda y Reina recordaba ahora todas sus primeras veces, siendo esta última la que, aún en su inconciencia, logró quebrantar su espíritu ya que esa lágrima en la cara de Reinaldo nunca existió pero ahora en la cara de Reina existía. La magia de las primeras veces nunca se olvida.

Capítulo 7

Entre Reinaldo y la Reina.

El tiempo se fusionaba, se desvirtuaba, se diluía en la inconsciencia de la arruinada criminal. En la realidad, su situación continuaba como petrificada en su desgracia a la espera de un desenlace que se le escapaba de las manos, más en su mente las imágenes seguían su derrape anárquico y despótico; episodios crueles, siniestros, decadentes, uno a uno los recuerdos se apilaban atormentando en su modorra la mente de una reina que ya se sabía desbancada de su trono, como en una despedida obligada a un reinado tan corrupto como excesivo, tan cruel como vengativo, tan calamitoso como merecido, porque los reyes de Nueva Esperanza no nacen, se hacen y Reina se construyó a si misma desde sus propias cenizas de la misma forma como la ciudad la moldeó desde sus inocentes ciernes hasta su corrupto desenlace.

Ahora Reina, con la tormenta aún desatada de fondo, se veía a si misma aún joven, aún pálida, aún delgada, aun enarbolando su erróneo lado masculino pero ya abrazando con más propiedad su feminidad, cuando la gente todavía la conocía como "Reinaldo" pero anterior a su nombre ponían un forzado "la"; "la Reinaldo", aquella "loca" sanguinaria que no dudaba en masacrar a quien cometiera la blasfemia de enmasillar su nombre, quien no se pensaba dos veces en victimizar a aquel desdichado que cometiera el error de no entregar sus pertenencias cuando el momento lo requiriera, aquel criminal que argüía los mejores planes a la hora de cometer provechosas fechorías. Víctima silentes y sin rostro legaron un siniestro camino transitado, como daños colaterales, meras consecuencias de una vida cuyo destino era gobernar un feudo viciado y decadente.

Balas, puñales, fuego, agua; - "todo se puede usar como arma..." - se dijo alguna vez a los pies de una de sus víctimas, un traficante de poca monta quien cometió el error de subestimar la delgada y andrógina humanidad de "la Reinaldo", a quien asesinó destruyéndole el cráneo con un control remoto de un viejo televisor, si acaso el primero que se compró con su propio dinero.

Muerte tras muerte, golpe tras golpe; de prostituto a ladrón de poca monta, a micro traficante, a ladrón de fortines y tesoros, a traficante con todas sus letras, pasando entre todos estos con uno que otro sicariato,

todo en aras de ser quien ya sentía que debía ser, el gran nombre, el más respetado, la dueña de todo, porque desde sus inicios sentía que ese era el fin supremo. Gran satisfacción, sensación que incluso extrapoló su sopor, le produjo un gran golpe a una lujosa casa de un obeso, magnánimo y ultraconservador sujeto y su infecta familia, cuyo mayor logro fue crear a quien pudo ser su victimario y quien sería la gran Reina del "Placer". Poco le importó lo que podía implicar dejarse ver el pálido rostro por los cuatro aterrorizados rehenes, amordazados en la sala de su ostentosa quinta, maltratados, maltrechos, pero aun así soberbios y prepotentes. En el momento sabía que era un error, que asomar su cara ante estas nuevas víctimas le significaría transitar un nuevo y tortuoso camino, que todo cuanto les estaba quitando y por lo que ya les había hecho pasar podía ser venganza suficiente. Pero ¿lo era realmente? No; a esos cuatro despreciables debía enfrentar, regodearse en el terror de aquellos, ahogarse en él, deleitarse, aunque fuese por un fugaz instante, con la indefensión absoluta de quienes por tanto tiempo lo menospreciaron con total desparpajo. Si, tenía que disfrutarlo sin importar las consecuencias.

De esa forma "la Reinaldo", quien estaría destinada a reinar un reino decadente, pasaría a conseguir el postgrado en su ya lustrosa carrera criminal, entrando en la mejor universidad para ello; la cárcel de su maternal Nueva Esperanza, porque para ser "la gran Reina", Reinaldo debía pasar en algún momento el suplicio del enclaustramiento infernal y funesto de la prisión, pero para su orgullo, no caía en ella por un error estúpido o ridículo. No, su presidio se debió a la razón más dulce que podía imaginar; hacer pasar por un tortuoso suplicio a todos aquellos que lo crearon, su familia, la razón de todos sus odios y rencores.

Con un sabor dulce que traspasaba su inconciencia, con la dichosa ignorancia de creer conocer en algún modo todo aquello que le esperaba y con una gran soberbia mal ganada Reina o "la Reinaldo" conoció las verdaderas profundidades del averno; el castillo de la ignominia, el feudo de la perdición, la dimensión obtusa donde los gritos no existen y los pesares se ven ahogados en un océano corrupto y decadente. Y ahí, a las puertas aquel lugar enorme e inmundado, con un escalofrío que casi culmina con su inconciencia, Reina rememoró nuevos niveles de calamidades en un collage macabro e inmisericorde; penurias propias y ajenas, sufridas e infringidas, sangre e inmundicias a diestra y siniestra. Aquel tétrico revivir bien se pudo asemejar a un adelanto al castigo eterno que por momentos Reina pensó, con justificada razón, merecer.

En ese amargo contexto "la Reinaldo" volvió a comenzar de cero; de lavarle los interiores a los más experimentados a buscar refugio en una pestilente iglesia moribunda en aras de evitar la violación colectiva de rigor; de cabildar ante su realidad a tener que volver a prostituirse en aras de ganar la más amarga protección; de abrazar su lado más andrógino con el fin de cumplir un cliché retrógrada y ruin a valerse de su

discordante imagen afeminada para lograr calar en los círculos más siniestros de su nuevo infierno; de ser el simple entretenimiento clandestino de algún sátrapa que oculta sus inclinaciones homosexuales tras un manto de fiereza asesina a volverse la "perra" oficial de quien toma las decisiones en uno de los pestilentes pabellones donde las vidas se apagan inexorablemente.

Y ahí, en una noche tan oscura como las tinieblas de su enclaustro, tan soporífera como su propia inconciencia, tan salvaje como los terribles retazos de su vida misma, y con el tiempo tan congelado como su propio suplicio, aquella a quien comenzaron a conocer como "La Reina" se encontró enfrentando un fatal final anticipado en las manos de aquel a quien usó como salvoconducto para subsistir y hasta progresar dentro de la morada de la ignominia. Entre la felación y la subyugación, entre la lujuria y la inmundicia, entre la sodomización mutua y el hedor del licor fertilizado de las cáscaras de frutas podridas; entre todo, la negación salvaje de quien se avergonzó de su propia condición y en un arranque de demencial cólera aquel pseudo líder criminal se abalanzó sobre de una joven y dominante "Reina", abrazándose con este en un mortal y resbaloso abrazo, revolcándose en el mugriento suelo de una solitaria celda, convirtiéndose de insofacto en un asqueroso capullo de sudor y fluidos corporales. En ese contexto "la gran Reina", aún inmersa en su perenne modorra, casi pudo volver a sentir las oscuras y enormes manos de aquel pseudo amante apretujando su cuello tan violentamente que casi podía sentir como sus ojos querían salirse de sus cuencas. La satisfacción traspasó la inconciencia cuando Reina recordó a su par juvenil, en un desesperado movimiento, usar su mano izquierda para vaciar el ojo derecho de su agresor. Casi pudo sentir como sus cicatrices evocaban a un pasado olvidado cuando aquel demencial agresor, con la cara embadurnada de la sangre emanada de su cavidad ocular y enarbolando un agreste pero muy filoso puñal, cortaba y tajaba la humanidad del joven homosexual; un girón superficial debajo del mentón, otro en la agresora mano izquierda, otro tanto en el torso y uno final en la cara, surcando su ya turbio rostro desde el nacimiento de la frente hasta el linde entre ceja y ceja, realizando aquella peculiar cicatriz por la fue tan conocida en los años por venir y que se volvería en su orgullosa marca personal.

Esta última afrenta fue la gota que rebasó el vaso del desnudo homosexual; en un fugaz y efervescente movimiento la joven Reina se abalanzó contra su agresor, transmutándose en el acto de víctima en victimario; poco importó que aquel desenfrenado intentara clavar el improvisado puñal en el costado de Reina. Esta, como poseída por las almas de los ya caídos por sus manos, tomó el cráneo de aquel y empezó a estrellarlo contra la pared al final de la celda; un golpe como un trueno, otro, otro más, y así hasta que en sus manos lo único que quedaba era un amasijo de carne y hueso.

Y así, entre los truenos y el alboroto, entre la mugre y la pestilencia, entre la inocencia y la maldad, entre el sudor y las lágrimas, entre la inconciencia y la conciencia, entre el pasado y el presente, entre aquel Reinaldo indefenso y la gran Reina caída, se paraba "la nueva Reina" en un charco de sangre propia y ajena, a los pies del nuevo escalón de su grandeza, con la certeza de que esta nueva víctima a quien victimizó por pura inercia le abría un universo nuevo de posibilidades; las ciernes de un reinado que se postergaría en el tiempo y traspasaría tétricos espacios. En la oscuridad, entre sus amarres, en los flashes de su pasado, una nueva mutación tomó lugar; "la Reinaldo" quedó atrás y nació oficialmente "la Reina", solo le faltaba al mundo ver cuán grande esta sería... Y cuan épica sería su caída.

Capítulo 8

Una plegaria a un extraño

- "Dios, por favor... Yo merezco estar aquí, me lo he ganado. Todo lo que he hecho me trajo hasta acá..."

La culpa más amarga se aderezaba con unas lágrimas ahogadas que surcaban el maltrecho rostro de alguien a quien ya no le restaban más fuerzas para batallar ni más tiempo para languidecer. Los segundos se transformaron en minutos y estos en horas en un tiempo irreal y etéreo entre la inconciencia y la desesperación. Los recuerdos que se apilaron como los cuerpos de una masacre ahora hundían con su nefasto peso el alma de un ser cuyo único remordimiento siempre fue el de no tener el coraje de inundar en un mar de sangre la ciudad que la creó. Muy atrás, casi tanto como épocas ajenas pertenecientes a un individuo que apenas reconocía o recordaba, quedaron Tomás y su despreciable evolución, el gordiflón aquel con toda su soberbia, aquella vieja intimidante e inamovible cuyas emociones se ocultaban detrás de un siniestro velo inquisidor, esa despreciable familia cuya calamitosa despedida fue un dulce preámbulo a un nuevo infierno. Vívidos y palpitantes, como si hubieran resurgido de sus genéricas tumbas, todas sus víctimas parecieron volver por sus fueros trayendo algo de aquella redentora emoción que por tantos años alimentó su ser, hundiendo ahora su abstracción en la más horrenda alucinación; aquel par de ebrios cuya caída significó el primer paso a la deshumanización, ese pseudo amante muerto enmarcado en su sangre y sus sesos, enmarcado en la negación de su ladina homosexualidad; todos en una larga y decadente fila esperando su turno para hundir a quien fue su victimaria en un abismo eterno y tortuoso.

- "... Te pido perdón por todo lo que he hecho, si eso sirve para expiar mis culpas y salvar a mi Jonny. Perdóname, soy culpable de todo, me merezco este y todos los castigos que consideres correctos. Pero yo, solamente yo lo he hecho todo, y lo disfruté... creí merecerlo, que me lo había ganado... Ahora entiendo que solo fui una pobre imbécil jugando una partida ajena. Ahora lo entiendo y te pido perdón, acepto cualquier castigo que me impongas, pero salva a mi Jonny..."

Llantos desesperados inspirados por culpas arto relegadas. Ahora, con la muerte pendiendo sobre su cabeza cual espada de Damocles y con la

cruda aceptación de este hecho más allá de cualquier negación, Reina recordaba su transitar por el tétrico camino que la llevó a ser parte de la realeza de la calle; desde el momento en que, desnudo, en una oscura e inmundada celda, enmarinado en sangre, propia y ajena, atiborrado con la pestilencia del sudor de mil noches, contempló el cuerpo inerte de aquel quien pretendió victimizar a la joven "Reina" en un arranque de locura, quien significó un escalón cuántico en su subida a un decadente trono; un mero cuerpo envuelto en lascivia y depravaciones, cuya caída arrancó una nueva leyenda entre los infames, carceleros e enclaustrados, libres y corruptos. No importó el lugar, todo quien perteneciera de algún modo al ruin mundo criminal de Nueva Esperanza pudo escuchar la caída de un tal "Camello", uno de los delincuentes más salvajes conocidos y por conocer, muerto en las manos de una feroz "marica" a quien empezaban a mentar como la "Reina", la "loca" que solo necesitó sus desnudas manos para victimizar a uno de los sujetos más temidos en el "castillo de la ignominia" y fuera de este. "El Camello" moría y Reina empezaba a sentir las mieles del destino que sabía que tarde o temprano debía vivir; el puesto de líder, o lideranza, le sentaba bien, tanto que se acostumbró a él, y por ende, desde su avernal trono empezó a planear su ascenso a un sitio más propio al momento de la libertad, y en ese ardid muchas más muertes eran necesarias. Desde el primer momento lo supo y desde ese primer momento no le desagradó la idea. Desde ese momento hasta su magistral y salvaje ascenso pasaron muchas vidas, tantas que eran como épocas sin definición ni intervalos, y muertes, y sangre; todo, sin embargo, se apilaba en un espeluznante segundo dentro de desesperadas palabras.

- "... He sido yo, todo lo he realizado sin contemplaciones. No lo niego y por ello reconozco que debo ser castigada. Me encomiendo a ti y tu justo juicio, pero que sea solo yo, por favor, no permitas que este par de lacras le hagan nada a mi Jonny."

Todos aquellos que se quisieron resistir a sus designios, o los que subestimaron su andrógina humanidad, o aquellos cuya muerte significó un escalón más en el arduo recorrido que la llevó reinar "el Placer", todos continuaban precipitándose en un tétrico tropel; "el Grillo", conocido también como el sádico primo del "León", si acaso la casta más inmundada y siniestra de Nueva Esperanza. La caída de aquel a quien mentaban "el Grillo" fue tan apoteósica como necesaria, tan salvaje como justa, tan sanguinaria que incluso a la propia Reina le pareció por momentos ajena, como parte de otra vida, como parte de otra historia que no estaba destinada a ser contada por ella. Y así era, pero ahora, esa cabeza sin cuerpo y ese cuerpo sin cabeza volvieron en la hora más aciaga de su victimario, buscando venganza, si acaso reivindicación, tiñendo del rojo más oscuro el final de una subyugación eterna y efímera a la vez.

- "... Por favor, si eres real, si en verdad existes, no permitas que él pague por mis culpas... Ya he hundido a muchos, pero no a él... No a mi

Jonny..."

Un trueno, el aguacero no menguaba; aunque en su oscuridad y su modorra Reina no podía saber con certeza cuanto tiempo llevaba ya colgada inerte, su suplicio, tanto físico como mental, le daban la errónea impresión de haber estado enclaustra tanto como su propia vida; el temporal en las afueras de su enorme marco empezaba a tomar ribetes de diluvio y sin embargo nada ya le importaba a la gran criminal devenida en desgraciada. No el sabor de su propia sangre, no los calambres en sus unidas piernas o sus extendidos brazos, no sus magulladuras y moretones, ni sus golpeados huesos o demolidos músculos, o sentir que sus viejas cicatrices reverdecían nuevamente a causa del profuso abuso. Nada representaba realmente lo que era en un tiempo perdido en los anales de su propia infamia; ni el recuerdo de un tal Esteban quien en un momento representó la esperanza de una redención sanadora y cuyo final lo enrumbó a su predicamento actual; o el una tal Ángela, con quien un bizarro y decadente encuentro devino en la más dulce sorpresa. O Richard, o Altamirano, "el Gabo", Felicia, "la Meche", la infamia de un tal Godoy. Ni siquiera el efímero recuerdo de unos nuevos aliados encontrados en las circunstancias más sórdidas, o aquel psicópata sonriente y su aliado mecánico, ya hasta "los hijos de la cruz" perdían su significado. Nada era ya menester, sin importar cuanto pesara, o cuanto profundo jalaran su alma, o cuanto inspiraran su ira, su culpa o su tristeza. Solo existía una cara que le valía, que la movía, que la impulsaba a conservar un último atisbo de fe, y era la única cara que no se permitía imaginar ya que en todas sus evocaciones siempre aparecía acompañada por los dos desalmados captosres, destruyéndola, mancillándola; Jonathan, su Jonny, aquel a quien quiso proteger con todo su ser y que ahora su ser parecía haber condenado.

- "Nunca te pedí nada, nunca pensé necesitarte, pero te lo ruego; llévame a mí, no a él. Yo me lo merezco; soy una ¡PUTA BASURA! Él es un sol que solo está comenzando a vivir, es todo inocencia... No dejes que le pase nada..."

Otro trueno a lo lejos, sin embargo en sus alrededores el silencio era abrumador, pavoroso, cruel; aquellos dos verdugos parecían haberse esfumado en su ignominia pero Reina, aquella veterana de lides péfidas, sabía que allí estaban, merodeando silentes, cual serpientes, llevando a buen fin su complicado ardid, dándole los últimos toques, preparando la escena para el invitado principal; aquel que en su momento adversó a la gran Reina, si acaso el único que la enfrentó frontalmente y vivió para contarle, y a quien hoy Reina depositaba todas sus esperanzas. El héroe sin estandarte, el inesperado, un aliado obligado devenido a amigo. Su cara era lo único que ahora Reina, la Gran Reina, la Doña, se obligaba a ver en su opacidad, cual náufrago que se aferra con desesperación al último pedazo sólido tras un naufragio antes de dejarse vencer y ahogarse. El antagonista devenido en aliado, transformado en amigo y

ahora añorado héroe.

- "... Por favor ¡Dios! Has que llegué Pernía y salve a mi Jonny... Yo no importo, merezco morir mil veces pero no mi Jonny... Pernía... ¡APURATE!"

Así, con un grito que casi pudo traspasar sus pensamientos, con la desesperación de entender que su vida no era más suya, con la culpa de su propia infamia, con el peso de sus propios rencores, con el orgullo de todos sus triunfos... Con el recuerdo desfigurado de su amado Jonathan y el añoro de un héroe mesiánico, Reina bajaba su cabeza y la dejaba indolente en su propio peso. Aquel muchacho andrógino y delicado cuyo destino fue padecer y castigar, que marco los ritmos de una ciudad toda, que se engañó a si misma más allá de su propia conveniencia, ahora se dejaba vencer entendiendo que de esta historia no era la protagonista y con la vacua esperanza de que una plegaria a un extraño a quien nunca reconoció pudiera cambiar en algo su calamidad.

Adiós Reina... Hasta que nos veamos de nuevo. Un segundo, otro segundo... y por fin quien debía llegar ha llegado.